

DOS PARA DOS



DOS PARA DOS

I.

ACABABA Jaime de echarse la última mirada al espejo; pues aunque no era hombre afeminado, tenía el capricho ó la costumbre de vestirse con esmero, y en esta ocasión debemos dispensarle, porque, afligido con la muerte de un tío bastante rico que le dejaba toda su fortuna, era natural que tributara á su memoria aquel homenaje fúnebre, vistiéndose con más esmero que nunca, puesto que estrenaba un traje completo de riguroso luto.

Su persona respiraba tristeza, desde el charol brillante de las botas hasta el negro azabache de los botones; que hacían resaltar la blancura de la camisa. Sus cabellos rizados, sus grandes ojos y su barba peinada, se asociaban tan bien al duelo de su vestido, como si la naturaleza, previendo el

caso de este dolor, se hubiera anticipado, haciéndolos oscuros. Sobre todo, el lazo de la corbata expresaba admirablemente su pena, mostrando el nudo más gracioso y más triste que puede presentar una corbata negra.

Acababa, pues, de dar la última mano á su tocado, y se disponía á leer algunas cartas, sin duda de *pésame*, que se hallaban sobre la chimenea, cuando sintió que llamaban á la puerta de su cuarto.

—Adelante,—dijo.

No tuvo necesidad de repetir la invitación; pues, abriéndose la puerta impetuosamente, dió paso á un joven que, sin más ceremonia, arrojó el sombrero sobre una silla, y fué á hundirse en una butaca, cuyos muelles, sorprendidos, crujieron con espanto.

—¡Tú por aquí!—exclamó Jaime.

—Yo. ¿Te sorprende? Pues es la cosa más natural del mundo. Estás de luto, de riguroso luto; no falta pormenor ni detalle á tu justo sentimiento, y no había de ser yo el último en venir á darte la enhorabuena.

—El *pésame*, querrás decir.

—Como estamos solos, me he permitido hablar con propiedad.

—Ya ves.... : mi pobre tío....

—¡Tu pobre tío!.... Me llenas de tristeza, y, en ese caso, comprendo tu dolor; pero muchas veces hemos hablado de este trance cruel, y siempre decías que tu pobre tío era muy rico.

—Es cierto; mas....

—Me estremeces con tantos puntos suspensivos. ¿Acaso no eres tú su único heredero? ¿Te ha salido algún pariente ignorado?

—Sin duda alguna, yo soy su único heredero. ¡Figúrate que el buen señor no pensaba morir, y ha muerto *abintestato*!

—Es decir, que vas á recoger su fortuna íntegra; porque si hubiera hecho testamento, habría dejado mucho que no sería para ti: ya sabes que el buen señor fué un solemne calavera, muy capaz de hacerte partir su fortuna con algún primo desconocido, de esos que suelen salir en la última hora de los tíos incasables. Por lo menos, estos eran tus temores.

—Sí; mas debo hacerle justicia: sus calaveradas serían invenciones poco escrupulosas, y, en todo caso, calaveradas sin consecuencias; porque si no....

—Porque si no.... ¡Claro está! Habría tenido la precaución de no morir de repente, ¿no es esto?

—No digo eso; quiero decir que habría tenido arreglados sus asuntos, y hecho su testamento.

—Es verdad; pero tú mismo has dicho que el pobre tío no pensaba en morir.

Jaime se encogió de hombros, como si quisiera decir: «Me lavo las manos»; y su amigo prosiguió:

—De todas maneras, tú estás en la plenitud de tu derecho, y vas á ser rico, ó, lo que es lo mis-

mo, feliz, por la combinación de tres circunstancias bien tristes: un tío que se muere, que se muere de repente, que se muere sin hacer testamento: ¿qué has de hacer? Lo que haces; cubrirte de luto, para que el mundo vea lo negro de tu suerte.

—Sin duda crees (le advirtió Jaime) que la miseria de esta herencia ahoga en mí todo sentimiento, y te equivocas. Mi buen tío ha sido para mí un segundo padre; él ha sufragado los gastos de mi carrera; á él se lo debo todo: ya ves si es acreedor á mi reconocimiento.

—¡Acreedor! ¡Acreedor! Esa es la palabra más odiosa que existe en el Diccionario. Dichoso tú que acabas de enterrar á aquel á quien se lo debes todo; en cambio, á mí me enterrarán mis acreedores.

—Veo que esta mañana discurre con la lógica de tus deudas, y no me sorprende la exacerbación de tu escepticismo. Pero, vamos á cuentas: somos amigos, voy á ser rico, y te ayudaré á salir de las trampas en que has caído. ¿Qué más quieres?

—No seré yo el que convierta á un amigo en acreedor; guárdate tu dinero, porque yo no lo necesito. Además, ¿qué harías sacándome del atolladero en que me encuentro? Nada; ponerme en camino de caer en otro. Yo tengo un recurso supremo para pagar de una vez mis deudas: recurso supremo, pero seguro, á que apelaré muy pronto.

—¿Cuál?

—Mi vida.

—¡Miguel, tú no hablas formalmente!

—Te aseguro que se me ríen los huesos pensando en la desesperación de mis acreedores cuando sepan mi muerte. Creo que no harán ostentación de su pena vistiéndose de luto; pero me llorarán con toda su alma, es decir, con todo su bolsillo. Y, mira tú lo que son las cosas: se desesperarán porque me he muerto, y, francamente, yo me mato porque ellos no me dejan vivir.

—Me parece que precipitas los acontecimientos. En el orden de los recursos humanos, la muerte es el último; lo cual significa que antes hay otro.

—Los he agotado todos; económicamente hablando, me he reducido á la última operación: he asegurado mi vida para matarme. Vas á decirme que es una muerte fraudulenta; pero esa es la natural contingencia del negocio.

—No veo el caso tan perdido como tú lo pintas. Hace cinco años que recibiste, como yo, la investidura de doctor en jurisprudencia; eres, por consiguiente, un hombre de carrera; no te falta talento. Abre, pues, tu bufete, y trabaja.

—¡Trabaja! Ese es el verbo favorito de la tiranía moderna. ¡Trabaja! Esto es, úncete á un carro como un mulo, y tira hasta caer de boca, ó, lo que es más absurdo, quitate la vida para vivir. No, nunca. Yo soy materialista neto. Fuera de aquí no hay nada. Pues bien: aquí lo quiero todo: ó gozo, ó muero. Mi última conclusión económica no tiene vuelta de hoja. ¿Tengo cubierto en el festín de la vida? ¿Sí? Pues vivo. ¿No? Pues me mato.

Jaime hizo un gesto de incredulidad, y el materialista continuó:

—Haz todos los gestos que quieras; los gestos no son razones, y la gran ciencia nos conduce como de la mano al placer ó al suicidio, mientras que la igualdad universal no nos haga á todos dueños de todo, de la misma manera que poseemos la luz que nos alumbra y el aire que respiramos.

—Semejante comunismo es imposible,—replicó Jaime con impaciencia.

—Lo imposible es, porque es injusto, que no haya otra vida, que todo esté reducido al paraíso de la tierra, que seamos todos por igual derecho dioses de este Edén, y tú vivas como un millonario, y yo como un miserable. Comprendo que la fe mitigaría el inicuo rigor de tan cruel diferencia, infundiendo en los ricos la caridad y en los pobres la esperanza, haciéndoles iguales ante el tribunal del día del juicio. Pero ese artificio de la teocracia ha caído ante la luz de la ciencia; la razón pura se levanta implacable contra la fe, y la teología, que busca á Dios, ha caído bajo el imperio de la economía política moderna, que sólo ve al hombre. La revolución está hecha; la tierra ha conquistado al cielo; nos hemos repartido el derecho, la autoridad, la soberanía, la justicia, la sabiduría y la omnipotencia, y ya no nos queda más que repartirnos el dinero. La última palabra de nuestra civilización es el comunismo. Todo ha caído; que caigan también los ricos.

—Siempre has incurrido en las mismas exageraciones, y te aseguro que tus palabras no me convencen: yo soy *deista*.

—¡Deista!... Es decir, doctrinario en filosofía, como eres doctrinario en política. Te asusta la república, y quieres un rey de cartón con que jugar á la monarquía; un maniquí donde colgar tu corona y tu cetro; un rey prisionero en la cárcel de un palacio; un soberano de teatro, á quien adulas tanto como desprecias. No te atreves á vivir sin Dios, y te haces uno á tu gusto, un dios constitucional, que reina y no gobierna. Desengáñate, y elige pronto: la monarquía neta, ó la república pura; el Dios de Moisés, ó la materia-dios; Jesús, ó Proudhon: no hay otro camino.

Jaime dejó ver una sonrisa compasiva, y dijo:

—¡Muy bien! De todo esto saco en consecuencia que no quieres trabajar: perfectamente; no trabajes; pero ahí tienes la política, que te abrirá fácil acceso á las más elevadas posiciones.

—Es tarde (replicó Miguel): no puedo ya ponerme al servicio del primer ambicioso que quiera hacerse dueño del mando, ni he de prestar mis hombros para que trepe por ellos el más ligero. Además, yo soy lógico: creo que los pueblos deben gobernarse por sí mismos, y deduzco que ningún pueblo necesita gobierno. Por nada en el mundo haré traición á mis ideas; así es que, si no encuentras otro medio para vencer la dificultad, no doy por mi vida un cuarto.

—Veamos otro: tú eres bastante joven, y no mal mozo; esos ojos azules no dejan de tener atractivo; las facciones son regulares; eres alto y airoso, y, sobre todo, tu cabeza rubia, naturalmente rizada, es encantadora. Pues bien: suelta esos pantalones verdes, ese chaleco azul, esa corbata de diez mil colores y ese gabán descolorido. Vístete á la moda, regenera tu traje; rehabilitate á los ojos de las mujeres impresionables, y no faltará una millonaria que te dé su mano, que no será por cierto más blanca que la tuya.

—Verdaderamente (dijo Miguel con aire pensativo), una mujer rica es una buena colocación para un muchacho pobre; mas, sea como quiera, siempre será venderse, ó, cuando menos, alquilarse por más ó menos precio. Sin embargo, apechugo por ese inconveniente; busco la millonaria, y la encuentro; se prenda de mi persona, y me caso. No estamos en situación de pedir gollerías, y, siendo rica, será preciso dispensarle que sea fea ó que sea tonta, que es peor aún. Y aquí tienes á tu hombre en peligro continuo de ahorcarse por salir de ella.

—Partimos del supuesto de que sea para ti una mujer agradable, que te guste y que la quieras.

—Eso es más difícil; pero acepto la suposición, y digo: nuestra millonaria es discreta y hermosa; mas, por lo mismo que es discreta, comprenderá que la mujer que compra un marido tiene al fin y al cabo derecho á venderlo; y como es hermosa, claro es que no faltará quien me ayude á llevar la

cruz del matrimonio. Y aquí tienes de nuevo á tu amigo que, huyendo de matarse, se verá en la necesidad de matar á otro.

—Eres insoportable, y tienes la lógica de una pared maestra. ¿Cómo quieres que una mujer millonaria se case con un perdulario como tú, si no está ciegamente enamorada? Ahora bien: si está ciegamente enamorada, ¿cómo quieres que sea infiel?

—Bueno: paso por todo, hasta por la eternidad del amor. Mi futura es ante todo millonaria; es, además, hermosa y discreta, y está también asegurada de incendios por la póliza irrefragable de un amor á prueba de bomba. Pero, ¡ya se ve!: yo, que me he vendido, quiero naturalmente gozar el precio de mi venta, y gasto, y derrocho, y triunfo, y vivo. Mi bella y discreta millonaria no es ni siquiera celosa; mas ve que su fortuna se va por los agujeros de mis bolsillos, y calla, sin embargo, hasta que los criados murmuran y los parientes se escandalizan. Entonces me dirige las más finas reconvenciones, que me entran por un oído y me salen por el otro; después me hace cargos bastante razonables, que mi dignidad no puede oír sin ofenderse; y, por último, llega un día en que me declara muy formalmente que todo lo que hay allí es suyo. Al oír estas palabras, pierdo la cabeza, se me van las manos, y le rompo una costilla. ¿Te parece que esto es más agradable que colgarse de un pino?

—Te vas cerrando las puertas de tal modo, que

al fin no vas á encontrar más recurso que quitarte de en medio.

—Ese es mi propósito ; pero aún me quedan quince días de vida : he jugado á la lotería.

Jaime se olvidó por un momento de la muerte reciente de su tío, y soltó la carcajada, diciendo :

—¡ Apelas á la Providencia !

—No, no (exclamó Miguel, levantándose) : apelo á la casualidad.

—Juegas una probabilidad contra mil.

—No lo creas ; juego la vida por la vida.

—En ese caso , estoy hablando con un cadáver.

—Ni más ni menos. Si dentro de quince días ves que el número 7,894 ha obtenido el premio mayor, cuéntame millonario, porque tomaré sesenta mil duros ; y si no ves semejante cosa , cuéntame con los difuntos.

—¿ Eso es irrevocable ?

—La miseria es la muerte sin morir , y yo prefiero la muerte muriendo.

—De aquí á quince días pensarás otra cosa.

—He venido á despedirme de ti. Sabía que llorabas la muerte de tu pobre tío , y me ha parecido tu dolor muy oportuno , para que aproveches la ocasión de llorar á la vez la muerte de un amigo.

—Pero , vamos , ¿ no te espanta el suicidio ?

—¿ Y por qué ha de espantarme ? Lo elijo como un mal menor ; y , á imitación de Voltaire , he decidido á la muerte por venir á abrazarte.

—Sin embargo , suicidarse es una cobardía.

—¿ Y quién te ha dicho á ti que yo he hecho profesión de valiente ?

—El caso es que yo contaba contigo para dentro de tres meses.... ¿ Qué podré yo hacer para que vivas ?

—No veo más que un medio : hazme sobrino de tu pobre tío ; dame su muerte *ab intestato* , y viviré.

—¡ Demonio ! (exclamó Jaime, mordiéndose los labios.) Eres muy capaz de hacer lo que dices ; te conozco , y sé que tienes la monomanía del suicidio. ¿ Me das palabra de aplazar tu resolución ?

—Antes de empeñarte mi palabra , que es lo único que me queda por empeñar , es preciso que sepa para qué me necesitas dentro de tres meses.

—Quiero que seas testigo....

—¡ Hola ! ¿ Tienes algún lance á noventa días ?

—No , es que dentro de tres meses me caso.

—Dame la mano (prorrumpió Miguel con verdadera efusión). Aprieta....; así.... Veo que existe entre nuestros destinos una relación fatal : tú vas á casarte , y yo voy á suicidarme ; tú te casas , y yo me mato. Por algo hemos sido siempre tan amigos.

—Verdaderamente , no lo entiendo , —exclamó Jaime algo picado.

El materialista miró al deista , midiéndolo de arriba abajo , y cruzando los brazos y balanceándose sobre las puntas de los pies , le dijo :

—Pues es muy sencillo. Tú te casas porque eres rico , y yo me mato porque soy pobre : las causas son distintas , pero el efecto es el mismo.

—Pero, en fin, ¿cuento con tu presencia?
¿Quieres ser testigo de mi boda?

Miguel reflexionó un momento, y al cabo contestó:

—No. Si yo exigiera de ti que vinieras á presenciarme mi muerte, lo rehusarías; yo hago lo mismo, negándome á ser testigo de tu casamiento. Adiós: *Cesar, morituri te salutant.*

No dijo más, y tomó su sombrero.

La despedida de los dos amigos fué tierna; se abrazaron muchas veces con mutua y verdadera compasión, y realmente ambos tenían los semblantes pálidos y los ojos húmedos.

Al fin se separaron.

Cuando Jaime sintió cerrar la puerta que daba á la escalera, se miró al espejo, diciendo:

—Este perdulario está loco, loco rematado.

Al mismo tiempo Miguel bajaba precipitadamente la escalera, exclamando:

—He ahí un millonario tonto, completamente tonto.



II.

MIJA mía, eres muy desgraciada: te había prometido llevarte esta tarde al *Prao* en carretela descubierta, y, ¡mira tú qué contratiempo! : á mañá le ha acometido la jaqueca. ¡Vamos! Con las señoras mayores no se puede contar para nada.

Hablaba así una señorita de diez y ocho á veinte años, morena, y, por consiguiente, impetuosa, movible y alegre, con un par de ojos que hacía más negros la sombra de sus dobles, espesas y largas pestañas, con los que lanzaba ardientes miradas bajo los arcos magníficos de dos soberbias cejas. El cabello, crespo y vigoroso, se alzaba sobre la frente en ondas caprichosas, brillando como el azabache, y el carmín de sus labios, desdeñosos y risueños, hacía resaltar el blanco esmalte de sus pequeños dientes.